

PATRICIA ESPINOSA

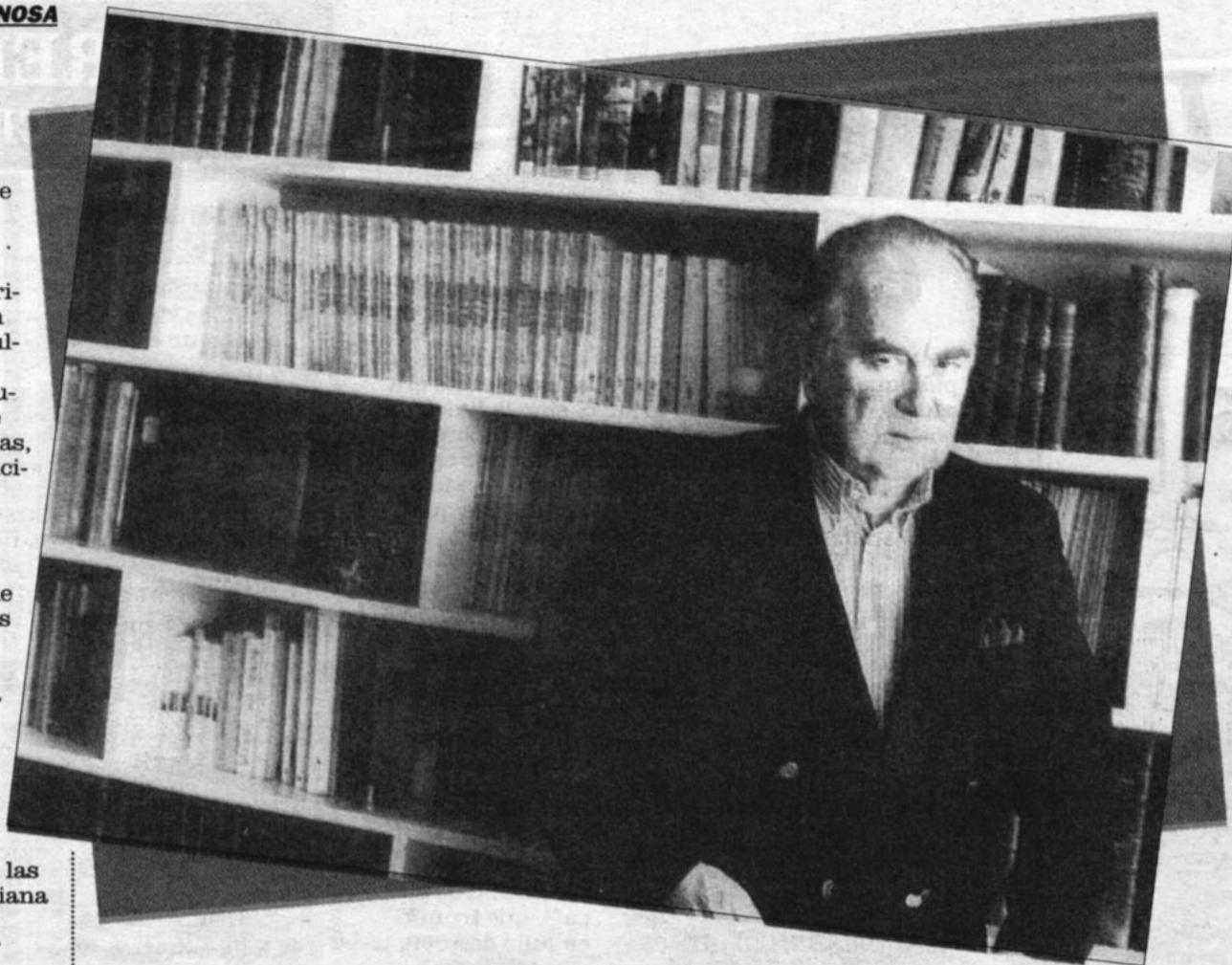
Tras la viudez de su madre, Emerenciana y Pasión deben radicarse en Vichuquén. Allí transcurre la vida de las hermanas Goicochea Parra, protagonistas de la novela **Cristianas viejas y limpias** de Enrique Lafourcade (1927). Un libro que en principio resulta fácilmente resumible y hasta simple en su configuración temática, un par de viejas solteronas y solitarias, que viven casi en la mendicidad y que sueñan con la visita del Papa, pero que presenta más de algún aspecto que rompe con la idea de tedio e inacción que a veces imponen los relatos de la vejez.

Tal vez el mayor atributo de esta novela sea manejarse sin temor en un aparente nivel de quietismo. Porque de hecho ocurren muy pocas cosas, lo cual permite el privilegio de los diálogos/monólogos de las protagonistas. A Emerenciana y Pasión nada puede detenerlas en su ir y venir hacia la infancia o la adolescencia, para realizar luego un enorme salto hasta la ancianidad, dejando la sensación de que siempre han sido viejas. Como si el después de la juventud quedara entre paréntesis y llenado totalmente por una añosidad, exuberante de imágenes y trozos del pasado en el que conviven supersticiones, voces y pequeñas felicidades. De un modo similar al de narraciones donde un par de ánimas o de almas en pena se desvinculan de la temporalidad, pienso en **Pedro Páramo**, ambas mujeres logran desasirse de lo mundano creando un espacio autónomo y etéreo.

La desmemoriada y la memoriosa

En la domesticidad rutinaria y simple, la voz poética y naif de Pasión, la gorda enferma mental, se convierte en el hilo conductor de la narración. Es ella quien da los sucesivos pies, o entradas, para que aparezca su pasado y el de Emerenciana. Acción ejecutada mediante largos parlamentos que alivianan la dureza del presente y que no dejan de mostrar además una dramática hilarante al remitirse a las situaciones claves de su actual condición. Por ejemplo, el engendramiento mágico de Pasión por parte de un progenitor tuberculoso y lleno de lujuria; las anécdotas de la belle époque en torno al excéntrico padrastró bombero y radioaficionado o la belleza maldita de Emerenciana, quien fue capaz de seducir a todos los hombres del pueblo y rechazarlos en virtud del prometimiento realizado a su madre de no abandonar jamás a su hermana enferma.

No es usual que una novela transforme sus defectos en



La vida a cara limpia



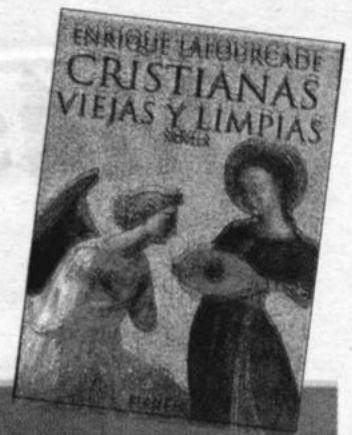
virtudes. Lafourcade tozudamente impone una monocordia que dentro de sí se dispersa o disgrega. Un movimiento que sólo puede ocurrir, en tanto opere la redundancia discursiva de sus

protagonistas, centradas abusivamente en la minucia de la autorreferencialidad. De este modo, las expansiones o los pequeños datos contingenciales, como la alusión al general gobernante,

velatorio del poeta popular en Vichuquén?

Las figuras de Emerenciana y Pasión, si bien pueden ser pensadas sólo como un manantial de pureza senil, es decir, buenas, limpias y

Las figuras de Emerenciana y Pasión, si bien pueden ser pensadas sólo como un manantial de pureza senil, es decir, buenas, limpias y vírgenes, únicamente se completan al concebirlas como seres castrados y autoinmolados, que deben cargar la cruz de la soltería pasando a ser el último y decadente bastión de una estirpe privilegiada.



Cristianas viejas y limpias. Enrique Lafourcade. Editorial Planeta. Santiago 1997. 291 páginas.

vírgenes, únicamente se completan al concebirlas como seres castrados y autoinmolados, que deben cargar la cruz de la soltería y la vesania, pasando a ser el último y decadente bastión de una estirpe privilegiada. Pese a todo, han vivido y lo más importante, por lo menos desde la opción sacrificial de la mayor, sin separarse. Su grado de simbiosis es tal, que sus voces tienden por momentos incluso a homogenizarse. La mayor es configurada como parca, triste, terrenal y desmemoriada. La menor, interrogadora, expansiva, parlanchina y sobre todo, memoriosa.

Visajes costumbristas

En todo caso, son contrastes mínimos, ya que la totalidad de la novela se mueve intentando diluir la violencia de las oposiciones a las que las hermanas se ven sometidas. Como sucede cuando se enfrentan con lo urbano después de vivir casi la vida entera en el sur, desplazándose a trastabillones y enceguecidas ante la ridiculez de sus vestiduras. Nunca son del todo extranjeras, nunca pierden plenamente la conciencia racional y jamás se dejan llevar del todo por la locura. A duras penas reconocen calles, sitios, lugares, extraviándose y reencontrándose en un continuo de donde ellas resurgen una y otra vez casi inalteradas. Una suerte de estado vital imbunchado, un vivir cada vez más hacia adentro. Es tal su desvinculación que cuando los habitantes del pueblo las condenan por brujas ni siquiera intentan buscar la solución.

Cristianas viejas y limpias es un libro de visajes costumbristas y hasta de un realismo mágico acriollado. Un relato de fabulaciones en un tono menor, tan ingenuo, que parece no hacer mal a nadie. Emerenciana y Pasión no son personajes de culto, de seguro esta novela tampoco, aún así, en su simpleza, no es fácil desentenderse de ellas.